

Silke Hensel

Los jóvenes mexicano-americanos como “problema social” a mediados del siglo XX

Durante los años cuarenta del siglo XX los jóvenes mexicano-americanos parecían ser un problema social grave en los Estados Unidos. Mientras la sociedad dominante los percibía como pandilleros que no iban a asumir papeles sociales responsables por carecer de valores anglo-americanos, los adultos inmigrantes de origen mexicano veían con preocupación a sus hijos nacidos en los Estados Unidos precisamente por su cambio hacia la cultura norteamericana. En el discurso hegemónico, los jóvenes mexicano-americanos fueron homogeneizados en un solo estereotipo: supuestamente les faltaba una afiliación clara en la cultura y una orientación en la vida social, y por eso tenían caracteres inestables e inclinación a la criminalidad.

Esta perspectiva unidimensional resultó en una reacción igualmente restringida. Las demandas de cambio se refirieron exclusivamente al carácter de la juventud sin considerar la necesidad de una práctica social diferente. Así, los jóvenes de origen mexicano fueron transformados en objeto de las ciencias sociales, acciones políticas y organizaciones juveniles. En 1943, con los llamados *zoot-suit-riots* de Los Angeles, el tema de los jóvenes mexicano-americanos como problema social mereció atención nacional e incluso internacional. Según el discurso, en la juventud mexicano-americana confluían dos problemáticas graves. Primero, constituían un grupo entre dos culturas, es decir que ya no pertenecían a la cultura mexicana de sus padres pero tampoco eran americanos y, por eso, les faltaba el fundamento para actuar de manera aceptable. En segundo lugar, representaban un grupo peligroso por la fase de la vida en la cual se encontraban. La rebelión de los *zoot-suiters* o pachucos, como se llamaron en español, parecía confirmar esta percepción. A pesar de esta interpretación, el hecho, más que un acto de resistencia, fue un acto de violencia xenófoba por parte de los anglo-americanos contra los jóvenes mexicano-americanos.

Los eventos ocurridos en Los Angeles en 1943 son mencionados frecuentemente en la historiografía sobre la discriminación que padecían los inmigrantes mexicanos y sus descendientes en los Estados Unidos.¹ Según esta perspectiva, la violencia fue causada por el racismo de los anglo-americanos y se inscribe en una narración de las relaciones entre la población de origen mexicano y la sociedad dominante que Alex Saragoza llamó “them-versus-us-story” (Saragoza 1990: 8). En otros estudios más recientes, las críticas hechas por Saragoza y otros a la visión hermética de ambos grupos han tenido efecto, pues ellos muestran la diversidad y también las diferencias que existían dentro del grupo de los mexicano-americanos. Así, por ejemplo, se hicieron varios estudios sobre las diferencias de clase y se mostró que no todos los inmigrantes procedentes de México y sus descendientes eran trabajadores, sino que hacia los años treinta del siglo XX surgió una pequeña clase media (García, M. 1989; García, R. 1991). Además se investigó el conflicto entre los mexicano-americanos ya más o menos establecidos en los Estados Unidos y los inmigrantes recién llegados (Gutiérrez 1995). Con el interés creciente en la historia de la mujer, también las experiencias de las mexicanas y mexicano-americanas recibieron la atención de las historiadoras.² Todos estos estudios muestran que la homogeneidad de la población de origen mexicano es una simplificación.

Otra diferencia –la de las generaciones– no ha sido estudiada con la misma frecuencia. Pocas veces los estudios están enfocados en los niños y los jóvenes.³ No obstante, desde el enfoque de la aculturación o inclusión, algunos autores se preocupan por niños y jóvenes como miembros de la segunda generación de inmigrantes. George Sánchez, por ejemplo, explora la estrategia de un grupo político formado por estudiantes que buscaron y propagaron un camino de integración mediante la educación (1993: 255-264). Pero esta visión de los jóvenes miembros del Mexican American Movement no es muy diferente de la perspectiva de la clase media mexicano-americana en general. En su estudio sobre Los Angeles, Douglas Monroy menciona también conflictos entre padres mexicanos y sus hijos mexicano-americanos a

1 McWilliams (1968); Mazón (1984); Sánchez (1993); Escobar (1999).

2 Ruiz (1987); Deutsch (1987); Ruiz (1998).

3 Excepciones son Muñoz (1989) y Ruiz (1998).

causa de las diferencias culturales existentes entre ellos (1999: 165-207). Él las interpreta como parte del proceso de aculturación que habría tenido un mayor impacto en la generación joven. De ese modo, Monroy, al igual que Sánchez y Ruiz, ve los conflictos entre las generaciones en el marco general de la aculturación y la oposición entre mexicanos y anglo-americanos.

No hay duda de que esta temática es muy importante. Sin embargo, implica una reducción de la diferenciación a una sola causa. También la edad o la generación, entre otros, tienen esta función, y la asumen en formas variadas según la situación histórica. Por un lado, los mexicano-americanos sufrieron discriminaciones a causa de su origen, por otro, fronteras sociales basadas en su edad les diferenciaban no sólo de los adultos anglo-americanos sino también de los mexicano-americanos. En el discurso surgió un tipo social del joven mexicano-americano con carácter específico por su estado en el ciclo de la vida y su orientación cultural. Este proceso se desarrolló en los años cuarenta del siglo XX y parece anticipar la preocupación de la sociedad estadounidense respecto a la juventud en general, que tuvo su auge en la década siguiente (Passerini 1997: 418).

Esto significa que un estudio de la construcción de la juventud en los Estados Unidos debe considerar la diferenciación cultural de la sociedad. Con tal enfoque, la periodización de la historia de la juventud probablemente debería cambiarse. Además, la conexión de cultura y edad en la visión de la juventud mexicano-americano como grupo separado fue un paso importante en la noción de la juventud en general como un sector de la sociedad con deficiencias culturales. Eso subraya la necesidad de integrar la historia de las minorías en la historia general de una sociedad.

A continuación me propongo integrar ambas perspectivas en el análisis del discurso que se desarrolló a mediados del siglo pasado sobre los jóvenes mexicano-americanos, en el cual confluyeron tanto los debates sobre los inmigrantes y las minorías como nuevas significaciones asignadas a la fase de la vida de la juventud. Es decir que existían dos razones por las cuales se les prestaba tanta atención a los jóvenes mexicano-americanos. La percepción de los mismos como un problema social resultaba primero del concepto de cultura vigente en aquel entonces, y segundo de la noción de la juventud como fase peligrosa de la vida. Pero si el discurso dominante enfatizó las diferencias

de la población de origen mexicano con respecto a la cultura estadounidense, se pueden encontrar también algunas posiciones compartidas por los adultos anglo-americanos y los mexicano-americanos. Los adultos mexicano-americanos también consideraban que sus hijos se encontraban entre dos culturas y temían la delincuencia juvenil. Incluso sus propuestas de cambio fueron semejantes a las de los anglo-americanos. Estas similitudes subrayan el poder del discurso hegemónico y muestran que se había producido una hibridización de la cultura aunque ésta no fuera registrada por los actores contemporáneos. Sin embargo, en algunos puntos, los mexicano-americanos sustentaron posiciones diferentes a las de los anglo-americanos. Mientras éstos no dudaban del valor y sobre todo de la superioridad del *American way of life*, los mexicano-americanos defendían la cultura mexicana. Pero también veían que no se podía alcanzar la inclusión social en los Estados Unidos sin que hubiera cambios en el propio grupo. No obstante, las intervenciones de los mexicano-americanos activos en la política y las organizaciones sociales revelan una lucha por el control de la juventud de origen mexicano. Para mejor entendimiento del discurso, voy a explorar primero el contexto social de la población mexicano-americana a mediados del siglo XX.

1. La población de origen mexicano en el sudoeste de los Estados Unidos

1.1 El desarrollo demográfico

La región que hoy constituye el sudoeste de los Estados Unidos no fue incorporada hasta 1848 con el fin de la guerra entre este país y su vecino al sur. En aquel entonces vivían allí aproximadamente 75.000 mexicanos, además de indígenas e inmigrantes anglo-americanos. En la segunda mitad del siglo XIX, la población creció sobre todo a causa de la inmigración europea y, en menor grado, por la llegada de mexicanos y asiáticos. La migración mexicana hacia el norte alcanzó números mayores en las primeras décadas del siglo XX. Por eso, el período de 1900-1930 es conocido como la *Great Migration* para los mexicanos (Gonzales 1999). Simultáneamente decreció la inmigración masiva europea después de que nuevas leyes introdujeran cuotas para impedir sobre todo la llegada de migrantes del sur y del este de Europa (Higham 1971: 234-263). Mientras que la migración proveniente

de las Américas alcanzaba el 4,1% de la inmigración total entre 1901 y 1910, creció al 19,9% en la década siguiente y subió a 36,9% entre 1921 y 1930 (Easterlin 1980: 480). Los mexicanos constituyeron la mayor parte de los migrantes latinoamericanos. Su concentración en el suroeste aumentó su visibilidad en esta región. La mayoría de los mexicanos migraron a Texas y California, donde trabajaban en la agricultura, la minera y la construcción de ferrocarriles (Montejano 1987; Weber 1994). A causa de la crisis económica de 1929, no sólo fueron menos mexicanos a los Estados Unidos, sino que muchos regresaron a su país de origen. El gobierno estadounidense implantó un programa de repatriación. La inmigración mexicana no volvió a aumentar hasta la década siguiente, cuando México y los Estados Unidos firmaron un tratado en 1942 sobre el envío de braceros mexicanos. Las cifras siguientes revelan el desarrollo de la inmigración mexicana:

Cuadro 1: La inmigración mexicana hacia los Estados Unidos, 1910-1960⁴

Año	Mexicanos viviendo en EE.UU.	Década	Inmigrantes mexicanos
1910	222.000	1901-1910	49.642
1920	486.000	1911-1920	219.004
1930	617.000	1921-1930	459.287
1940	377.000	1931-1940	22.319
1950	454.000	1941-1950	60.589
1960	576.000	1951-1960	299.811

Fuente: González Baker et al. (1998: 87-88).

El censo nacional de 1930 puso de manifiesto cambios importantes en la estructura de la población de origen mexicano. Por primera vez vivían en el país más personas con pasaporte estadounidense que mexicano. Este porcentaje siguió subiendo a pesar de las repatriaciones de mexicanos realizadas a partir de 1930. Además, si antes había prevalecido la población rural, la mitad de mexicanos y mexicano-americanos vivía ahora en áreas urbanas. Finalmente, se mostró una

⁴ Aquí sólo se cuentan los migrantes con papeles. El número de los que cruzaron la frontera sin papeles subió especialmente a partir de 1917, cuando se introdujo un impuesto de inmigración, y en 1924, cuando se añadió una cuota para un visado.

tendencia nueva en la distribución regional: el papel de California crecía en tanto que Texas perdía continuamente importancia como centro de la población de origen mexicano. Este desarrollo se muestra en el cuadro siguiente:

Cuadro 2: La población de origen mexicano en los Estados Unidos y su distribución regional, 1910-1960⁵

Año	Población de origen mexicano en total	Porcentaje viviendo en Texas	Porcentaje viviendo en California
1910	382.000	56,3	15,2
1920	730.000	51,8	18,2
1930	1.222.400	41,5	31,1
1940	1.076.600	42,3	35,6
1950	1.342.600	43,5	36,0
1960	2.298.600	35,1	43,2

Fuente: Boswell (1979: 66).

Las repatriaciones que se hicieron en los primeros años de la década de 1930 no sólo resultaron en la un menor número de mexicanos viviendo en los Estados Unidos, sino que también contribuyeron a un cambio estructural en la población. Dado que regresaron a México sobre todo hombres solteros, aumentó la proporción de personas viviendo en familia, y subió la de niños y jóvenes (Sánchez 1993: 228).

El aumento de la población urbana siguió con cierto retraso la tendencia general en los Estados Unidos. Desde el último cuarto del siglo XIX se intensificó la industrialización y con ella también la urbanización. En el suroeste, tal desarrollo se mostró de manera muy marcada en Los Angeles: la ciudad alcanzó el rango de una de las mayores urbes del país y atrajo a cada vez más mexicanos y mexicano-americanos que buscaban trabajo en la industria o el sector de servicios. La población de origen mexicano no sólo creció en cifras absolutas sino que también aumentó su proporción entre la población total:

5 Hay que tener cuidado con los datos sobre minorías registrados en los censos. Generalmente por varias razones no son contados todos los miembros de las minorías. Además, las categorías variaron muchas veces. Para una crítica general a los censos véase Beale (1958).

Cuadro 3: La población de Los Angeles, 1900-1950

Año	1. Población en total	2. Mexicanos	3. Mexicano- americanos	Porcentaje de la suma de 2 y 3 en relación a 1
1900	170.298	1.613	—*	0,95
1910	504.131	11.793	—	2,30
1920	576.673	29.757	—	5,20
1930	1.238.048	53.684	97.116**	12,20
1940	1.504.277	36.840	—	2,50
1950	1.970.358	71.620	—	3,60

* No hay datos.

** Con la creación de una categoría propia llamada *Mexican race* se hizo posible diferenciar entre mexicanos (personas con pasaporte mexicano), y mexicano-americanos (personas nacidas en los Estados Unidos con uno de sus padres o los dos nacidos en México). En 1940 se cambiaron de nuevo las categorías en el censo.

Fuente: Griswold del Castillo (1984: 95).

En 1942 el número de mexicanos subió considerablemente cuando llegaron los primeros 100.000 braceros. El 73% de ellos trabajaba en California y muchos en Los Angeles (Romo 1983: 165). El aumento de la población de origen mexicano en Los Angeles y la relativa importancia de los jóvenes —en 1940 se contaron 36.000 niños y jóvenes de 6 a 17 años (Bogardus 1943: 57)— explica en parte por qué la juventud mexicano-americana recibió tanta atención en esta década.

1.2 La situación social de la población de origen mexicano

Durante las primeras décadas del siglo XX, el discurso hegemónico no distinguió entre mexicanos y mexicano-americanos, sino que los integró en un solo grupo racial. La división de la humanidad en razas había cobrado importancia durante el siglo XIX y a principios del siglo siguiente estaba en su apogeo en los Estados Unidos. La raza aparecía como una categoría que podía explicar casi todo y se usaba para expresar diferencias variadas. Así, las nacionalidades fueron equiparadas frecuentemente con razas. En el suroeste, los mexicanos formaban una de las razas percibidas, lo cual se manifestó incluso en la invención de una categoría nueva en el censo de 1930: la de una *Mexican race* (Hensel 2004: 155-157). En la jerarquía social, ésta se

encontraba por debajo de los blancos pero por encima de los negros, lo que tuvo repercusiones importantes para el estatus y la situación social de la población de origen mexicano. Aparte de la clase y la economía, la categorización como una raza implicó discriminaciones graves y una segregación que se podía notar en muchos aspectos de la vida.

La población rural padecía la mayor exclusión y segregación. No vivía en los mismos pueblos que los anglo-americanos sino en las llamadas colonias, poblaciones con habitantes exclusivamente de origen mexicano. Además, los mexicanos muchas veces trabajaban con toda la familia en el campo y fueron organizados allí en grupos de igual origen. Muchos de los trabajadores no encontraron trabajo fijo y tuvieron que desplazarse siguiendo el ciclo rural. Estos trabajadores temporarios padecieron el peor aislamiento. Llevaban a sus familias consigo y de vez en cuando viajaban con otras familias, pero no vivían en una comunidad con instituciones y una mayor cohesión social. La migración continua implicó que los niños no recibieran una educación adecuada en la escuela. En las áreas rurales, la segregación de los mexicanos fue casi completa. Además de la vivienda y el trabajo, también las posibilidades de pasar el tiempo libre se desarrollaban en espacios diferentes a los de los blancos. Cines, teatros, restaurantes, piscinas etc. patrocinaban a grupos especiales o aceptaban mexicanos sólo en ciertos días o lugares. También existían clubes culturales y organizaciones sociales exclusivas para blancos o mexicanos. La segregación se imponía incluso para los niños. Donde había suficiente cantidad de ellos se establecieron escuelas mexicanas (González 1990). Pero mientras la segregación de escuelas para los afro-americanos fue sancionada por la Corte Suprema en 1954, no existía una formalización semejante con respecto a la segregación de mexicanos.

En las ciudades también había un grado alto de segregación. Los mexicanos vivían en ciertas áreas restringidas, los llamados "barrios" (Camarillo 1979). En Los Angeles, el este de la ciudad se transformó en el barrio mexicano (Romo 1983). Pero la segregación no era allí tan completa como en el campo. Los trabajadores de la industria y del sector de servicios eran contratados más a nivel individual. Aunque los mexicanos y los mexicano-americanos ocupaban también allí los peores puestos, tenían contactos con miembros de otros grupos étnicos con más frecuencia. Además, en las ciudades surgió una pequeña clase

media entre los mexicano-americanos cuyos integrantes tenían más contactos con blancos, aunque su clase no evitó que sufrieran discriminaciones. La segregación en las escuelas era menos marcada que en el campo. Una comparación realizada al final de los años treinta entre las escuelas del distrito rural de Orange County, directamente en el sur de Los Angeles, y la escuelas de la misma ciudad mostró que en las del área rural la segregación alcanzaba casi el 100%, mientras que en Los Angeles se encontraron escuelas con un alumnado mixto en un porcentaje de 70, 50 o sólo 30% de alumnos de origen mexicanos entre otros (Monroy 1999: 198-199).

El cambio demográfico que en la cuarta década del siglo XX se produjo en la población de origen mexicano a causa de la creciente urbanización y el mayor contacto con otros grupos étnicos en las ciudades llevó consigo un potencial de conflictos. En el campo, los blancos veían en su mayoría a los mexicanos como un grupo obediente y sumiso. Muchos de los que fueron interrogados por Paul S. Taylor durante sus investigaciones respecto a la situación de los mexicanos en el suroeste, respondieron que éstos conocían su lugar, con lo cual querían expresar su opinión de que la población de origen mexicano trabajaba para los blancos pero no interfería en su vida.⁶ En la ciudad, las fronteras sociales no se podían sostener con la misma claridad. Esta situación trajo consigo la pérdida de seguridad por parte de los blancos en cuanto a su posición en el orden social y, con ello, una mayor atención de su parte a la población de origen mexicano.

Durante la Segunda Guerra Mundial, la existencia de una población creciente de mexicano-americanos en las ciudades con un porcentaje relativamente alto de jóvenes, y una segregación menos marcada —que no necesariamente fue expresión de un racismo decreciente sino más bien de que la vida en la ciudad no podía controlarse de igual manera que en poblaciones pequeñas— confluyeron con las tendencias mencionadas respecto al discurso sobre el orden social. Por un lado, los inmigrantes de segunda generación parecían encontrarse en una situación llena de conflictos y de peligros, y, por otro lado, la juventud era vista como una fase de la vida caracterizada por la falta de un carácter ya formado. Según la percepción pública, la juventud mexi-

6 Véase Paul S. Taylor *Papers*, Bancroft Library, University of California, Berkeley, cartón 10 y 11.

cano-americana representaba un grupo en el que confluían ambas problemáticas. En la opinión de la mayoría de la gente, esto vino a ser confirmado por la llamada rebelión de los pachucos.

2. Los pachucos: ¿un peligro para el orden social?

A mediados del siglo XX, el discurso sobre la juventud mexicano-americana se concentró en el *zoot-suiter*, que supuestamente representaba al joven de origen mexicano en general. En este discurso se manifestaron dos tendencias que tuvieron un papel importante en la percepción del orden social.

2.1 El discurso sobre los inmigrantes de la segunda generación

Desde la segunda década del siglo XX, algunos antropólogos empezaron a negar la importancia de la biología para diferenciar a la humanidad en razas y subrayaron a su vez la importancia de la cultura para explicar la diversidad humana (Gossett 1997: 409-430). Si bien este concepto abrió el camino hacia una percepción más dinámica del cambio social, especialmente en países con mucha inmigración, en las décadas siguientes, la noción de las culturas adquirió algunas similitudes con el concepto de las razas. Según se creía, los grupos humanos variaban a causa de su cultura, y ésta se construyó como un sistema holístico y cerrado. Según esta percepción, el cambio cultural sólo era posible a través de largos períodos, es decir, el proceso de aculturación de los inmigrantes llevaría varias generaciones e implicaba graves problemas para los inmigrantes y especialmente para sus descendientes. Como la cultura era percibida como un sistema que abarcaba todos los aspectos de la vida, el cambio cultural también tenía que incluir todos los valores y la forma de vida (Welz 1994). Con respecto a los descendientes de los inmigrantes, esta concepción significaba que tenían que dejar primero la cultura de sus padres pero que no podían integrarse inmediatamente a la cultura nueva del país de inmigración. Por eso, algunas generaciones se encontraban en una situación insegura y sin identidad definida.

Además, se consideraba que la asimilación era tanto más difícil cuanto mayor fuera la distancia entre las dos culturas. Aquí resurgió otra vez un elemento del antiguo discurso sobre las razas y la diversidad biológica. Si supuestamente existía entre las razas una distancia

variable, que dependía de su grado de civilización, ahora se inventó una jerarquía de culturas también sobre la misma base. Eso implicaba que un grupo inmigrante proveniente de una cultura considerada menos civilizada tenía que recorrer el proceso civilizador de la humanidad, que se representaba en escaleras que ascendían desde las culturas primitivas hasta la más civilizada. En los Estados Unidos, la cultura mexicana figuraba en un lugar bastante bajo en comparación con la cultura estadounidense. Por eso, la asimilación o aculturación⁷ parecía aún más difícil para estos inmigrantes del sur.

2.2 *El discurso sobre la juventud*

La segunda tendencia que contribuyó al discurso sobre la juventud mexicano-americana se refiere a la juventud misma. A principios del siglo XX, la fase entre la infancia y la vida adulta adquirió un sentido nuevo: la adolescencia pasó a ser considerada como un período especial en la vida humana (Kett 1977). Bajo este término no se hacía simplemente referencia a algunos años en el ciclo de la vida, sino que la adolescencia implicaba la noción de una forma de vida social distinta (Herrmann 1987: 136-137). De acuerdo con el discurso, la juventud era una fase especial en la vida humana en la cual el individuo atravesaba un período de la evolución humana que equivalía al paso del salvajismo a la civilización. Por eso, la adolescencia era vista como una etapa llena de conflictos porque a los jóvenes todavía les faltaba carácter y estabilidad. La preocupación llegó hasta tal punto que ya se detectaba delincuencia en comportamientos no-conformes pero que sin embargo estaban lejos de lo que hoy en día se considera una conducta criminal. Así por ejemplo, el uso de un lenguaje vulgar figuraba bajo el lema de delincuencia (Passerini 1997: 430).

La preocupación por la adolescencia que se extendió en los Estados Unidos a mediados del siglo XX debe ser vista en relación con varios cambios sociales. A raíz de la industrialización y la urbanización crecientes había disminuido el trabajo infantil y el proceso de transición del niño al adulto se hizo más largo. La asistencia a la es-

7 Ambos términos fueron usados casi como sinónimos en el discurso contemporáneo. Hasta hoy en día no se cuenta con una definición no controvertida. Generalmente se puede constatar que “aculturación” es un término preferido en la antropología, mientras “asimilación” se usa con más frecuencia en las ciencias sociales.

cuela se extendió, y cada vez más niños y jóvenes ingresaron en las instituciones educativas para quedarse en ellas por más tiempo. La escuela contribuía así a la institucionalización de un periodo entre la infancia y la adultez. Además se fundaron cada vez más clubes y organizaciones donde los jóvenes pasaban más tiempo con sus pares. Esto significó que los padres tenían menos control, aunque los jóvenes no ganaban autonomía en comparación con la situación anterior, sólo que el control se extendió ahora a los agentes estatales (ibídem: 421). Este desarrollo general también se manifestó en el caso de la población mexicano-americana, aunque con cierto retraso temporal. Además, la proporción de estos niños que no sólo asistían a la escuela sino que además continuaban su formación en una *highschool* y en el *college* era mucho menor en comparación con la de la población blanca.

En la interferencia de estos dos discursos se encontraban los hijos de inmigrantes, es decir la llamada segunda generación (Gleason 1992: 163). Estos jóvenes parecían estar especialmente expuestos al riesgo de tomar mal rumbo en su vida a causa de su edad y su situación cultural. Mientras se veía a los inmigrantes de la primera generación como personas que continuaban viviendo dentro de su cultura de origen sin cambio alguno en el nuevo país, se creía que sus niños se encontraban en un conflicto casi sin salida porque se movían en un ámbito cultural en la casa y en otro en la calle. La asimilación aparecía como un proceso largo y duro que no necesariamente sería completado con éxito.⁸ En los años cuarenta, estos miedos se intensificaron aún más. Por un lado, creció la xenofobia durante la guerra. Por otro, la situación supuestamente empeoró porque en ese periodo las mujeres trabajaban y no podían velar por sus niños mientras los padres combatían por la democracia en Europa. Así, la situación familiar parecía encontrarse en peligro a causa de las circunstancias especiales de la guerra. El miedo a una juventud incontrolada e incontrolable y a los inmigrantes no asimilables jugó un papel importante en lo que pasó en Los Angeles en 1942 y 1943.

8 Véase el concepto del “race relations cycle” del sociólogo Robert Park, que fue uno de los fundadores de la Escuela de Chicago. Park detectó cinco estadios en las relaciones entre los inmigrantes y la sociedad receptora. Según él, el proceso no necesariamente culminaba con la asimilación. Véase Park/Burgess (1921).

2.3 *Los pachucos y la juventud mexicano-americana*

En agosto de 1942 se encontró en un lugar llamado *Sleepy Lagoon* el cadáver de un joven mexicano-americano. La policía supuso una lucha entre pandillas juveniles y encarceló a algunos miembros mexicano-americanos bajo la sospecha de homicidio. Se inició entonces un proceso en el cual curiosamente se discutió la cuestión de si la juventud mexicano-americana en general tenía que ser considerada delincuente. Varias personas fueron citadas ante el juez en función de expertos sobre el tema. Las declaraciones muestran que la argumentación racial todavía tenía influencia. El representante de la policía de Los Angeles expuso que los mexicanos eran crueles y no tenían respeto por la vida humana. Como “prueba” citó los sacrificios humanos de los aztecas casi quinientos años atrás.⁹

Pero su posición no era compartida por todos los expertos. Sobre todo en círculos liberales empezó a prevalecer la opinión de que la causa de la situación social de las minorías no se encontraba en la biología sino en conflictos sociales y culturales. El énfasis de las declaraciones de Carey McWilliams y Guy T. Nunn, ambos citados como expertos en el proceso, se centraron en lo cultural. McWilliams habló en su función de director de la Division of Immigration and Housing del gobierno de California. Dando una negativa rotunda al concepto de razas biológicas, McWilliams se refirió a investigaciones nuevas de las ciencias humanas y mencionó explícitamente los trabajos de la antropóloga Ruth Benedict. En un libro muy leído en los años cuarenta (Benedict 1940), esta autora argumentaba que las diferencias sociales no se podían atribuir a diferencias genéticas. Basándose en esta corriente científica McWilliams subrayó que los jóvenes de origen mexicano tenían problemas por causas culturales. Según su punto de vista, los inmigrantes de la segunda generación se encontraban entre dos culturas. Por un lado, estaban los padres mexicanos con su cultura mexicana, y por otro, la sociedad estadounidense que tenía una

9 Edward Duran Ayres, Foreign Relations Bureau, Los Angeles Police Department, testigo ante Los Angeles County Grand Jury, en *Sleepy Lagoon Defense Committee*, Collection 107, University of California at Los Angeles, box 4, folder 10.

cultura completamente diferente. En el mismo sentido argumentó también Guy T. Nunn, representante de la War Manpower Commission.¹⁰

El primer fallo mostró que el tribunal se inclinó por la percepción de que los mexicano-americanos en general debían ser considerados delincuentes, ya que, no obstante la falta de pruebas, condenó a los acusados por homicidio, quienes sólo fueron absueltos en una revisión.¹¹

El discurso sobre los problemas de la juventud mexicano-americana también dominó el debate sobre las causas de los *zoot-suit-riots* que estallaron en Los Angeles en junio de 1943. Hay dos versiones sobre el origen de estos acontecimientos tumultuosos. Una, hoy aceptada por los especialistas, ve a los miembros de una subcultura mexicano-americana que se llamaban *zoot-suiters* en inglés o pachucos en español como víctimas de un asalto de soldados de la marina, es decir que los *zoot-suit-riots* fueron una violenta erupción de racismo. La otra versión, que dominó la percepción contemporánea, culpaba a los pachucos. Así, el alcalde de Los Angeles, Fletcher Bowron, acusó a los pachucos de causar alborotos y violencia. De manera semejante juzgó un gran jurado del municipio de Los Angeles en su investigación (Escobar 1999: 249-252). Otra vez, los adolescentes mexicano-americanos fueron descritos como delincuentes a causa de conflictos culturales.

Este paso de interpretación fue también incorporado en análisis científicos. El sociólogo Norman Humphrey presentó un análisis de la juventud de origen mexicano (1945), en el que postulaba que sólo aquellos jóvenes que habían nacido en México mostraban un desarrollo normal por su fuerte conexión con la cultura mexicana. Estos adolescentes aceptaban la autoridad de sus padres, buscaban trabajo en una profesión artesanal y aspiraban a mejorar su situación de vida. Pero todo eso funcionaba al costo de su falta de asimilación en los Estados Unidos. Otros niños que eran expuestos a ambas culturas perdían la orientación social. No se sentían mexicanos ni pertenecían completamente a la sociedad del país de inmigración. El resultado de esta situación se describía como desorganización social con los sínto-

10 Carey McWilliams y Guy T. Nunn como testigos ante Los Angeles County Grand Jury, en *Sleepy Lagoon Defense Committee*, box 4, folder 10.

11 Escobar (1999: 281-284); Gutiérrez (1995: 121-132).

mas siguientes: los varones no se comportaban como hombres sino que aceptaban dinero de mujeres mayores de edad, se asociaban con otros en pandillas y se convertían en criminales. Como se ve, aunque Humphrey no aplicó el concepto de razas, la integración de los inmigrantes mexicanos le parecía casi imposible.

No obstante esta argumentación determinista, políticos, científicos, trabajadores sociales y organizaciones privadas caritativas buscaron caminos para mejorar la situación. Muchos estuvieron influidos por la idea de *social engineering*, es decir, tenían un concepto mecánico del cambio social, según el cual se podía inducir un cambio por medio de la enseñanza de un comportamiento diferente (Graebner 1987). Esto se manifestó también en la reacción a los disturbios. Después de reconocer la causa de la violencia en la juventud mexicana, la solución parecía ser asistir a estos jóvenes y sobre todo controlarlos e influir en sus actividades. En la ciudad se formaron varias asociaciones con el fin de llevar a cabo programas sociales para la juventud de origen mexicano. A finales del año 1943 ya existían por lo menos 23 grupos de ese tipo.¹² Organizaciones como la Young Men’s Christian Association (YMCA) y los Boy Scouts empezaron a preocuparse por la juventud mexicano-americana y tomaron medidas para integrar a estos adolescentes, aun cuando su participación en las actividades se realizó en grupos segregados.¹³ La ciudad misma empezó a ocuparse de los adolescentes de origen mexicano. El County Board of Supervisors creó el Citizens’ Committee on Latin-American Youth y finalmente, después de las rebeliones, el gobierno de California organizó el Governor’s Committee on Latin-American Youth.¹⁴

Además, otros grupos ya existentes empezaron a focalizar sus actividades en los adolescentes mexicanos. Así, el Coordinating Council de Belvedere, una parte de Los Angeles, formó un Minority Committee después de los *zoot-suit-riots*. El comité adoptó la interpretación cultural del problema de los pachucos y pidió que, aparte de los padres, también las escuelas, la policía y las cortes tomaran medidas para controlar a los adolescentes. Según esta organización privada se debían tender redes paternas y públicas para vigilar las actividades

12 Escobar (1999: 258). Véase Manuel Ruiz Collection, Special Collections, Green Library, Stanford University, box 4, folder 6, 12 y 13.

13 Manuel Ruiz Collection, box 3, folder 7 y box 5, folder 13.

14 Manuel Ruiz Collection, box 2, folder 15.

de los jóvenes sin dejar tiempos fuera de control. Además, los adolescentes debían aprender las normas de la sociedad estadounidense en general y especialmente debían aprender a trabajar.¹⁵

2.4 La perspectiva mexicano-americana

Muchos mexicano-americanos compartieron el miedo a una juventud incontrolable. Sobre todo los miembros de la clase media articularon preocupaciones de ese tipo. También veían la adolescencia como una fase conflictiva y percibían la diferencia cultural como fuente de graves problemas. Sin embargo, los mexicano-americanos también criticaron la generalización de que todos los jóvenes de origen mexicano eran delincuentes.

Al igual que las agencias estatales y las asociaciones civiles de anglo-americanos, los propios mexicano-americanos empezaron también a prestar atención a los jóvenes y formaron organizaciones juveniles. Así se fundó por ejemplo el Coordinating Council of Latin American Youth (1941). El consejo pidió más lugares de recreo y campos deportivos. Se esperaba que los juegos y el deporte podrían aliviar los efectos de la urbanización en los jóvenes y mejorar su carácter.

En general, los fines perseguidos por los mexicano-americanos y los métodos para lograrlos no se distinguieron profundamente de los planteados en el ámbito anglo-americano. La orientación semejante derivaba de la procedencia social de los activistas mexicano-americanos y de su particular posición en la sociedad estadounidense. Como parte de una minoría, sufrían la discriminación, pero como miembros de la clase media, pertenecían a un grupo privilegiado dentro de la minoría. Su posición respecto a la juventud se debió entonces tanto a su etnicidad como a su estatus de clase.

Pero mientras las asociaciones mexicano-americanas compartieron con los anglo-americanos el ideal de una juventud conforme y de buen comportamiento, a la vez se manifestaron en contra de una americanización de los jóvenes. El Coordinating Council of Latin American Youth pidió que los grupos mexicanos fueran integrados en los programas de trabajo juvenil con la siguiente argumentación:

15 The Belvedere Coordinating Council, Minority Group Committee, 1943-1944, en *Sleepy Lagoon Defence Committee Collection*, box 4, folder 7.

The Coordinating Council, to be effective in its sphere of collaboration with all groups, can no more indulge in a program of Americanization than it can Mexicanization or Cubanization. It cannot support the hypothesis that the American way of living is a solution to the juvenile delinquency problem any more than it could submit that the Mexican way of living would constitute such a solution.¹⁶

Esta equiparación de las culturas estadounidense y mexicana fue algo nuevo en el discurso de los mexicano-americanos. Aquí se expresaba un cambio en su auto-percepción. En los años cuarenta del siglo XX, los mexicano-americanos empezaron a oponerse a la discriminación permanente con una conciencia nueva de su identidad y subrayaron el valor de la cultura mexicana que querían conservar.¹⁷ De ahí derivaba también la idea de que los mexicano-americanos tenían que preocuparse de sus “propios” jóvenes, y que no podían ceder el control y la formación de los adolescentes al Estado y las organizaciones de anglo-americanas.

Finalmente, el trabajo social dirigido a los adolescentes llevó a la formación de grupos juveniles autónomos. Así por ejemplo, jóvenes estudiantes formaron en 1942 el Mexican American Movement, que nació de un grupo fundado por la YMCA, exponiendo sus motivos de la manera siguiente:

Through their own experience, many Mexican parents are not well enough equipped to offer the type of stimulation which our youth need. For these and other reasons both parents and youth must be offered the assistance of trained leadership which will further their progress towards social adjustment.¹⁸

Con estas palabras los mexicano-americanos reivindicaron que querían determinar su propio desarrollo y nombrar sus propios líderes. Es decir que se manifestó un cambio en la actitud de los mexicano-americanos. En vez de aspirar a la realización del *melting-pot*, enfatizaban sus derechos como grupo étnico. Además, se aprecia el surgimiento de una nueva generación de activistas que se veían mejor pre-

16 *Statement of purpose*, Manuel Ruiz Collection, box 2, folder 11.

17 Hasta entonces, sobre todo los miembros de la clase media aspiraban a ser aceptados como blancos sin diferencia alguna con los anglo-americanos (Hensel 2004: 85-16).

18 *Mexican American Movement: Its Scope, Origin, and Personnel*, Manuel Ruiz Collection, box 16, folder 8.

parados para contribuir a soluciones sociales respecto de la situación de la población de origen mexicano. De cierta manera, estos jóvenes contrarrestaron la posición de los adultos, asumieron responsabilidad en las organizaciones y postularon su mayor habilidad para encarar los problemas de la población mexicano-americana. Además, se opusieron a la imagen de una juventud desorganizada. En los años siguientes, el activismo civil de los adolescentes creció y muchos grupos lograron independizarse del control de las agencias estatales y civiles.

3. A modo de conclusión

En suma se puede constatar que la invención de la juventud mexicano-americana como un grupo homogéneo caracterizado por pandillas y delincuencia significó una estigmatización. Según este discurso, la culpa de los problemas sociales la tenían los jóvenes y, por lo tanto, debían ser controlados para que se comportasen conforme a las normas establecidas y aceptasen la posición social que les era asignada. Además, las familias de inmigrantes fueron descritas como disfuncionales. Ya que éstas no podían ejercer su papel de disciplinar a los jóvenes, el Estado y las asociaciones civiles buscaron caminos para llenar ese vacío.

En estos puntos, las posiciones de los anglo-americanos y las de los mexicano-americanos no se diferenciaban mucho. No coincidían, sin embargo, en cuanto a la posición adecuada para los mexicano-americanos ni en la evaluación de las dos culturas. Mientras los anglo-americanos colocaban a los inmigrantes y sus descendientes en una posición social baja de trabajadores, los mexicano-americanos querían que se pusiera fin a las discriminaciones y aspiraban al asenso social del grupo. Si los anglo-americanos estimaron implícitamente que la disfunción de las familias era consecuencia de una cultura mexicana deficitaria, esta afirmación gratuita no fue aceptada por los mexicano-americanos, quienes no quisieron aceptar el control de la juventud de origen mexicano por parte de los anglo-americanos y reclamaron el ejercicio de ese rol para sí mismos.

Pero ni los adultos, ni las organizaciones ni el Estado pudieron controlar el proceso. Junto con los cambios sociales y la extensión del trabajo juvenil de las agencias estatales y civiles, se manifestaron efectos no intencionales de la acción de los actores adultos, ya que los

jóvenes empezaron a formar organizaciones propias. Queda aún por investigar si estas asociaciones fueron precursoras del movimiento chicano de los años sesenta del siglo XX.

Bibliografía

- Beale, Calvin L. (1958): “Census Problems of Racial Enumeration”. En: Thompson, Edgar T./Hughes, Everett C. (eds.): *Race: Individual and Collective Behavior*. Glencoe: The Free Press, pp. 537-540.
- Benedict, Ruth (1940): *Race, Science, and Politics*. New York: Viking Press.
- Bogardus, Emory (1943): “Gangs of Mexican American Youth”. En: *Sociology and Social Research*, 28, pp. 55-66.
- Boswell, Thomas (1979): “The Growth and Proportional Distribution of the Mexican Stock Population in the United States, 1910-1970”. En: *Mississippi Geographer*, 7, pp. 57-76.
- Camarillo, Albert (1979): *Chicanos in a Changing Society: From Mexican Pueblos to American Barrios in Santa Barbara and Southern California, 1848-1930*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Deutsch, Sarah (1987): *No Separate Refuge: Culture, Class, and Gender on an Anglo-Hispanic Frontier in the American Southwest, 1880-1940*. New York: Oxford University Press.
- Easterlin, Richard A. (1980): “Immigration: Economic and Social Characteristics”. En: Thernstrom, Stephan (ed.): *Harvard Encyclopedia of American Ethnic Groups*. Cambridge, Mass.: Cambridge University Press, pp. 476-486.
- Escobar, Edward J. (1999): *Race, Police, and the Making of a Political Identity: Mexican Americans and the Los Angeles Police Department, 1900-1945*. Berkeley/Los Angeles/London: University of California Press.
- García, Mario T. (1989): *Mexican Americans: Leadership, Ideology, and Identity, 1930-1960*. New Haven/London: Yale University Press.
- García, Richard A. (1991): *The Rise of Mexican American Middle Class: San Antonio 1929-1941*. College Station: Texas A&M Press.
- Gleason, Philip (1992): *Speaking of Diversity: Language and Ethnicity in Twentieth-Century America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Gonzales, Manuel G. (1999): *Mexicanos: A History of Mexicans in the United States*. Bloomington/Indianapolis: Indiana University Press.
- González, Gilbert (1990): *Chicano Education in the Era of Segregation*. Philadelphia: The Balch Institute Press.
- González Baker, Susan et al. (1998): “U.S. Immigration Policies and Trends: The Growing Importance of Migration from Mexico”. En: Suárez-Orozco, Marcelo M. (ed.): *Crossings: Mexican Immigration in Interdisciplinary Perspectives*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 79-105.
- Gossett, Thomas (1997): *Race: The History of an Idea in America*. New York/Oxford: Oxford University Press.

- Graebner, William (1987): *The Engineering of Consent. Democracy and Authority in Twentieth-Century America*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Griswold del Castillo, Richard (1984): *La Familia: Chicano Families in the Urban Southwest, 1848 to the Present*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- Gutiérrez, David G. (1995): *Walls and Mirrors: Mexican Americans, Mexican Immigrants, and the Politics of Ethnicity*. Berkeley/Los Angeles/London: University of California Press.
- Hensel, Silke (2004): *Leben auf der Grenze. Diskursive Aus- und Abgrenzungen von Mexican Americans und Puertoricanern in den USA*. Frankfurt/Main: Vervuert/Madrid: Iberoamericana.
- Herrmann, Ulrich (1987): "Jugend in der Sozialgeschichte". En: Schieder, Wolfgang/Sellin, Volker (eds.): *Sozialgeschichte in Deutschland IV*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, pp. 133-155.
- Higham, John (1971): *Strangers in the Land: Patterns of American Nativism, 1860-1925*. 2a ed., New York: Atheneum.
- Humphrey, Norman (1945): "Stereotype and the Social Types of Mexican-American Youth". En: *Journal of Social Psychology*, 22, pp. 69-78.
- Kett, Joseph F. (1977): *Rites of Passage: Adolescence in America 1790 to the Present*. New York: Basic Books.
- Mazón, Mauricio (1984): *The Zoot-Suit Riots: The Psychology of Symbolic Annihilation*. Austin: University of Texas Press.
- McWilliams, Carey (1968): *North from Mexico. The Spanish-Speaking People of the United States*. New York: Greenwood Press.
- Monroy, Douglas (1999): *Rebirth: Mexican Los Angeles from the Great Migration to the Great Depression*. Berkeley/Los Angeles/London: University of California Press.
- Montejano, David (1987): *Anglos and Mexicans in the Making of Texas, 1836-1986*. Austin: University of Texas Press.
- Muñoz, Carlos Jr. (1989): *Youth, Identity, and Power: The Chicano Movement*. London: Verso.
- Park, Robert E./Burgess, Ernest W. (1921): *Introduction to the Science of Sociology*. Chicago: University of Chicago Press.
- Passerini, Luisa (1997): "Jugend als Metapher für gesellschaftliche Veränderung". En: Levi, Giovanni/Schmitt, Jean-Claude (eds.): *Geschichte der Jugend 2*. Frankfurt/Main: S. Fischer Verlag, pp. 375-459.
- Romo, Ricardo (1983): *East Los Angeles: History of a Barrio*. Austin: University of Texas Press.
- Ruiz, Vicki L. (1987): *Cannery Women – Cannery Lives: Mexican Women, Unionization, and the California Food Processing Industry, 1930-1950*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- (1998): "The Flapper and the Chaperone: Cultural Constructions of Identity and Heterosexual Politics among Adolescent Mexican American Women, 1920-1950". En: Inness, Sherrie A. (ed.): *Delinquents and Debutantes: Twentieth-Cen-*

- tury American Girl's Culture*. New York/London: New York University Press, pp. 199-226.
- Sánchez, George J. (1993): *Becoming Mexican American: Ethnicity, Culture, and Identity in Chicano Los Angeles, 1900-1945*. New York/Oxford: Oxford University Press.
- Saragoza, Alex M. (1990): “Recent Chicano Historiography”. En: *Aztlán*, 19, 1, pp. 1-77.
- Weber, Devra (1994): *Dark Sweat, White Gold: California Farm Workers, Cotton, and the New Deal*. Berkeley: University of California Press.
- Welz, Gisela (1994): “Die soziale Organisation kultureller Differenz. Zur Kritik des Ethnosbegriffs in der anglo-amerikanischen Kulturanthropologie”. En: Berding, Helmut (ed.): *Nationales Bewußtsein und kollektive Identität. Studien zur Entwicklung des kollektiven Bewußtseins in der Neuzeit 2*, Frankfurt/Main: Suhrkamp, pp. 66-81.